

LAS FRONTERAS DE UNA MEMORIA COMPARTIDA

Batticuore, Graciela. *Música materna.* Buenos Aires, Alfaguara, 2023, 335 pp.



Susanna Regazzoni

Università Ca' Foscari Venezia, Archivio Scritture Scrittrici Migranti.
regazzon@unive.it

En el preámbulo de la Constitución de la República Argentina (1853), se afirma la voluntad de “asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino” y se ofrecen importantes oportunidades a los muchos inmigrantes que iban a llegar desde Europa. A partir de ese momento comenzó la estrecha vinculación del elemento italiano con la cultura argentina, evidente en todos los niveles, especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de un fenómeno extraordinario por su amplitud y extensión, de un desplazamiento complejo y variado puesto que duró más de un siglo e involucró a millones de personas. Hay que recordar también que fue un viaje favorecido por las autoridades del gobierno italiano, cuya población era demasiado numerosa para un país que había sufrido guerras y carestías.

Esta presencia ‘extranjera’ en el suelo americano ha provocado un interesante fenómeno de interculturalidad que implica la figura de actores sociales que se encuentran e influyen mutuamente en la vida cotidiana, creando fronteras permeables en el intercambio de idiomas, gastronomía, música e historia para alimentar un encuentro dialógico multicultural.

En dicha historia, como se ha escrito en varias ocasiones, las mujeres juegan un papel secundario tanto desde el punto de vista cronológico como político. Al principio no viajan y, si lo hacen, no siempre se incluyen en los registros al momento de ingresar al país. Son acompañantes anónimas de un hombre –padre, marido, hermano– y presentan un bajo nivel cultural, sin derechos políticos, al menos hasta la década de 1950. Sin embargo, son las protagonistas de una narrativa escrita antes por autores –Antonio Dal Masetto,

Mempo Giardinelli, Rubén Tiziani, Roberto Raschella, Héctor Tizón, etc.— y después por autoras —con la excepción de Syria Poletti que publica *Gente conmigo* en 1961— en la que el drama migratorio aparece con cierta consistencia y asiduidad, dando vida así a un relato de importancia identitaria. Finalmente, hacia fines del siglo XX se puede hablar de una “literatura migrante” gracias al número de obras caracterizadas por ejes temáticos precisos, a pesar de la diversidad de estilos narrativos; de ahí la dificultad de encerrarlos en un solo género. Recordando exclusivamente a las escritoras, deseo mencionar a Nisa Forti (*La Crisálida*, 1984), Marina Gusberti (*El laúd y la guerra*, 1996), María Angélica Scotti (*Diario de ilusiones y naufragios*, 1996), Lilia Lardone (*Puertas adentro*, 1998), Griselda Gambaro (*El mar que nos trajo*, 2001), María Inés Danelotti (*Inmigrante friulano*, 2004), Maristella Svampa (*Los reinos perdidos*, 2005), María Teresa Andruetto (*Stefano*, 1997; *Lengua madre*, 2010 y *Aldao*, 2023), Susana Aguad (*Ayer*, 2006; *El cruce del Salado*, 2015), Virginia Higa (*Los sorrentinos*, 2018), Nora Mazziotti (*Amores calabreses*, 2016 y *Las cocolichas*, 2021) y Graciela Batticuore (*La caracola*, 2021 y *Música materna*, 2023).

Como se entiende, en el siglo XXI el número de las autoras aumenta y, a menudo, su relato se centra en la transmisión de una memoria que va de una generación a otra, donde sobresale la crónica de una familia o de episodios relacionados con una experiencia personal. A veces se trata de una historia que se construye a través de una doble mirada que se desarrolla en dos áreas geográficas distintas con personas que pertenecen a un allá y a un acá como en *El mar que nos trajo* (2001) de Griselda Gambaro, novela importante puesto que abarca un largo período de la historia compartida entre Italia y Argentina. El relato introduce varias generaciones, narra la emigración junto con la inmigración y se detiene también en la descripción de los largos y difíciles viajes por mar que los italianos tuvieron que enfrentar antes de llegar al “Nuevo Mundo”.

El elemento que me parece interesante en estas novelas es la insistencia de personajes femeninos protagónicos que, de alguna forma, neutraliza la ausencia de estudios y datos desde un punto de vista sociohistórico. Se trata de narradoras que, en primera persona, han vivido esta experiencia, o de descendientes de los/las que emigraron y que después de muchos años recuerdan la experiencia de sus mayores.

La memoria autobiográfica resulta ser central en este discurso y se configura como el elemento sobre el cual se funda la narración de una serie de recuerdos y vivencias que se transmite a las generaciones más jóvenes. Una memoria autobiográfica, pues, que se construye gracias a un conjunto de

saltos temporales, alusiones y evocaciones que han caracterizado la existencia de un grupo de personas y su relación con el mundo.

Graciela Batticuore es editora, profesora de Literatura Argentina en la UBA e investigadora del Conicet, poeta y novelista. Como investigadora ha dedicado sus estudios a las escritoras argentinas del siglo XIX, las que, gracias a su labor, han sido incorporadas en el canon de la literatura argentina. Sus principales publicaciones en este ámbito son *El taller de la escritora; Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti, Lima-Buenos Aires* (1999); *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina, 1830-1879* (2005, 2022); *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución* (2011); *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* (2017). Sus libros de poesía son *Cuaderno de espera* (2014); *Sol de enero* (2015); *La noche* (2017) y *El fin de la noche* (2018).

En 2023 Batticuore publica *Música materna* que completa la trilogía compuesta por *Marea* (2019), y *La Caracola* (2021). La memoria aquí es central y se expresa a través de una voz narradora que cuenta su historia cuando niña, joven y ya anciana.

Diez capítulos con distintos párrafos titulados componen el libro además de fotos de personas –sobre todo mujeres– de la época. El yo que narra se dirige a la hija que es una joven mujer que escucha y graba el relato; la lengua de quien narra es el resultado del encuentro del italiano con el habla argentina, remite a una memoria difusa que no respeta un orden cronológico y que elige reproducir el fluir de los recuerdos donde el pasado forma parte de una historia que se construye y crece a través del relato. La necesidad de contar es evidente a lo largo de todo el libro y se acompaña con la continua afirmación de veracidad de lo expresado; en varias ocasiones la protagonista afirma: “Para vos te dejo grabar pero para la gente no. (...) ¿Cómo es la ficción? Yo lo que te digo es verdad. ¿Cómo es la ficción, con qué la hacen?” (p. 255).

Sobresale la exploración de una familia formada especialmente por abuelas, tías y madres, de viajes de idas y vueltas junto con la descripción de esa condición que acompaña el estado del migrante que pertenece a dos mundos distintos, en este caso el pueblo de Castropignano en la región del Molise y un barrio del gran Buenos Aires, Tropezón.

La mujer que cuenta es, en un primer momento, la voz de la abuela Felicia y después, de la madre María y, gracias a estos rodeos, a estas idas y venidas se construye la trama, compleja y sencilla a la vez, donde emerge la presencia de quien escucha, Nina, la protagonista que se encuentra en los otros libros de la trilogía.

Evidente resulta ser el relato de la "italianidad", una emoción, una cultura que indica un mundo de sentimientos en los que se ha criado quien escucha, joven mujer que ha vivido entre el mundo de la madre y el del país donde nació, Argentina. Se trata del continuo ir y venir, de un acá a un allá, como cuando la madre explica la imposibilidad de elegir un novio en su juventud: "Porque sabés qué pasa, Nina, ¿vos te creés que allá es como acá? Ahí se ponían a andar con una mujer y ni la conocían, sólo a la familia conocían, pero a ella no" (p. 51).

Quien testimonia es una mujer analfabeta, que después de vivir su infancia durante los años del fascismo y sufrir la Segunda Guerra Mundial en un pueblo del sur de Italia, viaja con su madre a Argentina en 1948, para reencontrarse con su padre y su hermano, quienes ya se habían instalado mucho tiempo antes en el país. En Italia quedaban "sólo las madres, porque allá la mayoría eran mujeres solas. Los maridos se habían ido casi todos a la guerra o a la América" (p. 112). Los hombres "si podían se escapaban del pueblo (...). Todos los que se podían ir se iban. Y se quedaban sólo las mujeres con los hijos chicos, más con las hijas. Varones en el pueblo había pocos" (p. 113). El fluir del relato no es cronológico y el relato de la acción se da entre los dos países. Lo que sobresale en la primera geografía es el horror de la guerra evidente en este recuerdo: "Cuando salimos del campo para volver al pueblo, los vimos (...). Yo tenía paura. No quería caminar porque tenía que pasar arriba de los muertos. Y él me decía, camina adelante, María, no mires nada. Pero yo tremaba toda de paura" (44), junto con la imposibilidad de ir a la escuela, la pobreza, el humilde ambiente rural y el esfuerzo por sobrevivir en medio de tanta miseria y horror. Después el cambio es total, en el otro mundo encuentra un padre desconocido, un hermano atento y controlador, vive el entusiasmo del primer peronismo, encuentra trabajo en un taller, se casa con un marido 'tradicional', cariñoso pero incapaz de respetar las libertades de su mujer porque confiesa a su hija: "con tu padre me fue muy bien en la vida pero él hacía todo lo que quería y yo no sabía hacer nada, todo con él tenía que hacer o nada" (p. 322), después sufre la pérdida de unos hijos y finalmente nacen sus dos hijas.

Batticuore me comenta que para escribir *Música materna* recopiló varios documentos como pasaportes, tickets de barco, cartas e incluso herramientas de trabajo o informes médicos. Además, viajó en varias oportunidades a Castropignano y entrevistó a personas de la comunidad italiana, aunque su texto se basa sobre todo en las charlas con su propia madre. El resultado de este trabajo se percibe en la lengua que la autora eligió para expresar esa

historia, es decir una lengua oral, híbrida, resquebrajada, donde se adoptan las repeticiones y los modismos típicos de la oralidad y con la que logra una poética que comunica el desarraigo sufrido por tantos inmigrantes,

El dato que destaca en esta novela es la necesidad de reproducir la oralidad de una palabra subalterna en busca de un interlocutor para saber que alguien escucha y ver, así, en el espejo que constituye el oyente, la realidad de la unicidad de su ser, dando sentido a una existencia. Este diálogo a una sola voz implica, además, la ruptura de la soledad del sujeto que tiene la necesidad de encontrar, explicar y entregar sus recuerdos. En este caso se enseña la urgencia de hallar voces comprensivas en la proximidad familiar, como la hija Nina, quien representa a la interlocutora adecuada para que el cuento oral se realice. Porque, finalmente, buscar al oyente, real o imaginario, es el afán que constituye el principal y perenne móvil de toda narración.